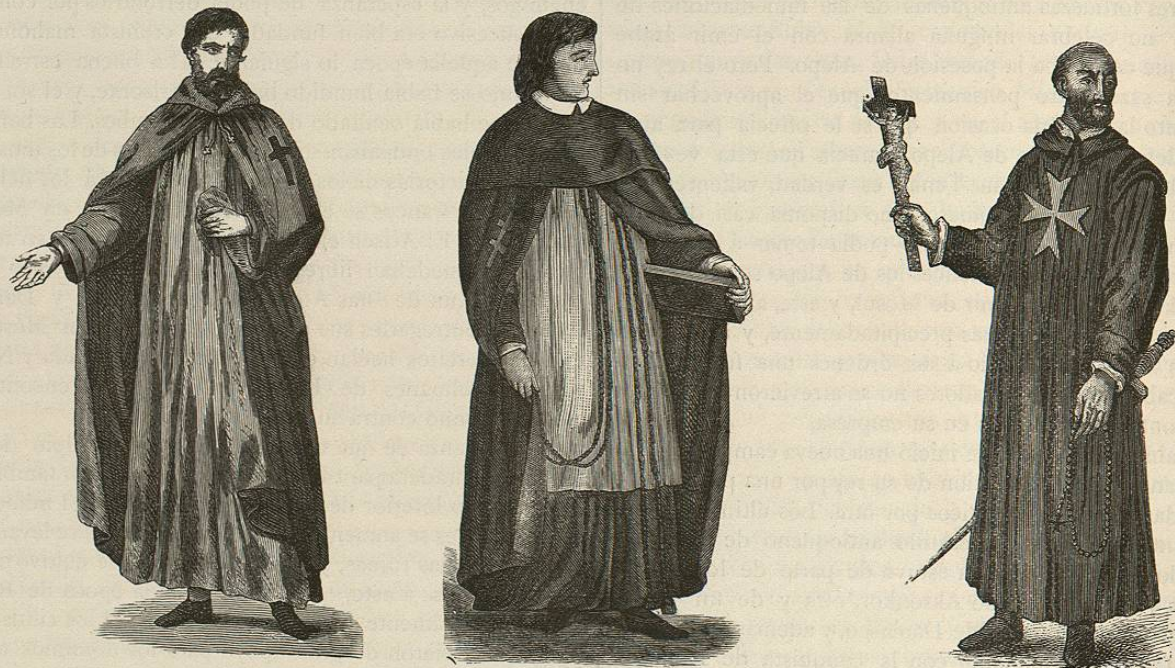


ciación. Su intención era trabajar en Francia tanto en interés de la orden, como en allegar nuevos recursos para el Oriente. Por esto el rey Balduino les dió además una carta de recomendación eficaz dirigida á Bernardo de Claraval, venerado ya á la sazón en todas partes.

En el concilio de Troyes celebrado en enero de 1128 recomendó Hugo su orden á los Padres allí reunidos y pidió la confirmación de una regla hecha para ellos. Su palabra cayó en tierra fértil; su fundación correspondía del mejor modo posible al espíritu de la época, pues aquella orden asociaba el servicio de las armas con las prácticas religiosas. San Bernardo concedió á la orden su poderosa influencia y tomó él mismo parte en la redacción de la regla, fundada en los esta-



Templario en traje de casa

Monje de la orden del Sto. Sepulcro

Antiguo hábito de la orden de San Juan

La orden, pobre al principio, se hizo en poco tiempo una de las más ricas, y ya en el año 1129, al regresar á Siria Hugo de Payens con una brillante comitiva de caballeros y escuderos, vió su obra en el más completo estado de prosperidad.

La orden, que en su origen se resignaba á todo lo que la necesidad exigía, se compuso desde entonces principalmente de caballeros diestros en el manejo de las armas. Llevaban únicamente el manto blanco de la orden con la cruz roja, que les concedió Roma algún tiempo después. Los sacerdotes y capellanes de la orden tenían una posición más subordinada y los escuderos y familiares eran una clase destinada precisamente al servicio. El jefe superior de la orden, el gran maestro (*magister Templariorum*), ocupó pronto un altísimo puesto entre los magnates del reino de Jerusalén.

El sorprendente éxito que alcanzó Hugo de Payens ocasionó en seguida una completa transformación en otra antigua hermandad religiosa de la ciudad santa. Ya por los años 1070 un rico amalfitano llamado Mauro había fundado en el barrio cristiano de Jerusalén un establecimiento religioso, que poco á poco se transformó en un monasterio de frailes, otro de monjas y por fin en un hospicio y hospital para recibir y cuidar á los peregrinos pobres y enfermos del Occidente. Pero al poco tiempo el hospicio oscureció completamente á los monasterios, de los cuales había salido. Ocupaba una casa destinada exclusivamente á su misión, y una capilla, que fué dedicada á San Juan de la Misericordia,

tutos monacales de San Benito, y más adelante á las repetidas instancias de Hugo, elogió en un pequeño libro el mérito de esta nueva caballería religiosa en comparación con la mundana (1). El Papa y el patriarca de Jerusalén confirmaron la regla de la orden. Hugo cruzó la Francia, Inglaterra é Italia, y en todas partes halló el más entusiasta recibimiento. Donde quiera que se presentaba, los hombres de más noble linaje solicitaban su admisión en la orden, ó le hacían donación de ricas posesiones. El emperador Lotario le regaló una parte de su hacienda particular en el condado de Supplinburgo; lo mismo hicieron el rey Enrique I de Inglaterra, el conde Dietrich de Flandes, el conde Ramon Berenguer de Barcelona y muchos otros príncipes y señores.

patriarca de Alejandría. En el año 1099 estaba al frente de este instituto, el provenzal Gerardo, el cual con su actividad y abnegación adquirió grandísimos merecimientos socorriendo á los pobres y necesitados, y por este medio se hizo acreedor repetidas veces á las mayores muestras de reconocimiento por parte de Godofredo, del rey Balduino I, y del papa Pascual. Espléndidos regalos en dinero y en bienes afluyeron pronto á este hospital de San Juan; casas de doncellas fueron fundadas en las posesiones del mismo en varios países de Europa, y muchos varones piadosos, entre los cuales había ilustres señores, se dedicaron al humilde servicio de los enfermos bajo la dirección de Gerardo.

Después que Gerardo murió en el año 1118, los hermanos del Hospital eligieron por jefe superior á Raimundo Dupuis, noble caballero, que en otro tiempo había ido con Godofredo á la ciudad santa, pero que renunció allí á las armas, y se agregó á estos «Hospitalarios» ó «Sanjuanistas». El fué el primero que, hablando con propiedad, reunió á los hermanos en comunidad monástica claustrada, obligándoles de la manera más severa á cumplir los tres votos acostumbrados del estado religioso; pero pronto dió un paso más; pues á imitación de los templarios emprendió también la lucha contra los mahometanos, estableciendo esta condición como base de la orden, y pronto se distinguieron en ella las

(1) Liber de laude novæ militiæ ad milites Templi.

tres clases de hermanos: guerreros, religiosos y familiares. El administrador del Hospicio se transformó poco á poco en «Maestre» de los Sanjuanistas, y la cruz blanca, signo distintivo de esta orden, llegó á ser el terror de los enemigos lo mismo que la roja de los Templarios (1).

Por los años de 1130 era satisfactoria la situación de los Estados cruzados bajo muchos conceptos. El rey Balduino proveía con mano fuerte á toda necesidad, y se señaló su administración inconsiderada, pero encaminada al fin esencial, en que el patriarca de Jerusalén, Estéban, que estuvo al frente de aquella Iglesia desde el año 1128 al 1130, no solo promovió inútilmente las antiguas reclamaciones de su antecesor Dagoberto sobre Joppe y Jerusalén, sino que después de su muerte surgió



Sello del Hospital

la sospecha, si bien infundada, de que el rey había quitado de en medio al modesto prelado por medio del veneno. A pesar de todo se desarrollaron los gérmenes de perdición que habían de apoderarse de estos Estados pocos años después.

Fuó desde luego fatal el advenimiento de un nuevo soberano en Mesopotamia, causa de todo peligro para la dominación cristiana. De allí procedían Kerbogha y Maudud, Ilghazi, Belek y Aksonkor; pero hasta entonces había sido de muy corta duración el poder de todos estos príncipes. Las rencillas de los seldyucidas habían servido á los cruzados de poderosísimos aliados; pero ya las cosas iban á tomar un giro muy distinto. En efecto en el año 1127 ocupó la soberanía de Mosul Imadeddin Zenki, hombre que, educado en las rudas luchas que los seldyucidas habían sostenido unas veces entre sí, y otras con los cristianos, tenía la idea fija de someter á su dominación inmediatamente todos aquellos pequeños emiratos existentes al rededor de Mosul, tanto en Mesopotamia como en Siria, y después marchar con todas sus fuerzas al encuentro de los cruzados (2). Era prudente y valeroso, activo, infatigable y nada escrupuloso sobre la elección de medios si podían proporcionarle una ventaja. Todavía corría el año 1127 cuando conquistó la población principal de la Mesopotamia oriental, y recibió la sumisión de los habitantes de Harran que se entregaron espontáneamente á su protección. En el año siguiente se dirigió á Siria, para incorporar ante todo á sus dominios la ciudad de Alepo, antes que cayese por casualidad en poder de los cristianos. Durante la marcha tomó á Menbidsch y Buzaa, y llegó á Alepo, consiguiendo sin dificultad el objeto de sus deseos. En 1129 marchó por segunda vez á Siria, y valiéndose de una traición, se apoderó de la ciudad damascena de Hamah, pero hizo vanos esfuerzos por conquistar á Himss y á la misma rica ciudad de Damasco. Estos últimos fracasos no hicieron en él mella, porque la soberanía de Mosul había asumido ya en sí la mayor parte de los territorios limitrofes seldyucidas. El peligro que amenazaba á los cruzados era tanto más grave, cuanto que Zenki mostró que sabía no solo conquistar violentamente, sino también gobernar con habilidad. Los súbditos se hallaban bien con su gobierno,

pues vivían en no acostumbrada seguridad, y encontraban poderoso apoyo así contra los ataques enemigos como contra las vejaciones de los altos dignatarios. Los soldados estaban fuertemente apegados á su profesión y á la persona de su general. No podían adquirir bienes, pero en lo demás se veían tratados con especial atención por Zenki: sus mujeres podían contar en todo tiempo con su ayuda en caso de ser maltratadas. «Ya que mis soldados,» decía el grande emir, «me acompañan constantemente y abandonan sus casas para seguirme, ¿no había de velar yo por sus familias?»

Era este un adversario tal, como los cruzados no le habían visto hasta entonces; pero también ellos se habían robustecido en el intermedio de un modo extraordinario, y sus fuerzas aumentaban de día en día, si bien no eran capaces de rechazar á Zenki, y derrotarle como á cualquiera de sus antecesores de Mesopotamia. Solo se trataba de saber si aprovecharían los medios con que contaban con igual habilidad que la que desplegaba el señor de Mosul.

Pero cometieron los cristianos faltas muy graves. Balduino II fué casi el único que durante su reinado mantuvo la opinión de que los cruzados en general debían subordinar sus intereses particulares al bien común, sobre todo en lo concerniente á los asuntos del Norte de Siria. En Jerusalén se disputaba sobre si la Santa Cruz, bajo cuya protección solía salir el rey á campaña, debía ser llevada á Antioquía, ó si los lugares donde acaeció la muerte del Redentor no debían ser despojados de tan gran tesoro. «¿Qué haremos nosotros,» exclamaban unos, «si Dios consiente que la Cruz vaya á perderse en la guerra, como en otro tiempo perdieron los israelitas el Arca de la Alianza?» Otros se quejaban de que Balduino descuidaba el reino (*regnum Jerusalem*), al cual sin embargo estaba cada vez más obligado y de que había dedicado ya cerca de diez años al principado (*principatus Antiochie*), volviendo allá otra vez á pesar de su cautiverio de casi dos años. En Antioquía tampoco comprendían los actos de Balduino; pues Boemundo II, como hemos visto, no había querido hacer causa común con el rey en la guerra contra Alepo. Además Boemundo se enemistó con Joscelin y al fin también con los armenios de Cilicia, hasta que en una expedición contra estos últimos se encontró de improviso con un ejército de turcomanos del Asia Menor en medio de Cilicia el año 1131, y perdió su vida en el ataque.

En Antioquía se formaron después dos partidos; uno de los cuales deseaba que Constanza, joven hija de Boemundo II, fuese reconocida por legítima heredera del principado, mientras que el otro quería entregar el gobierno á la ambiciosa Elisa, viuda del difunto príncipe, y no rehusaba pedir el auxilio de los seldyucidas, para defenderse contra los amigos de Constanza por medio de sangrienta lucha, si llegaba el caso. Al tener noticia de esta desdichada contienda se levantó en armas el viejo Balduino, y lleno de energía puso sitio á Antioquía con grandes fuerzas; desbarató la alianza del partido de Elisa con los seldyucidas, aun antes de su realización, y obligó á su desobediente hija á que se contentase en su viudedad, con las ciudades de Laodicea y Gibellum la Grande.

Este fué el último hecho importante del rey Balduino II. No mucho tiempo después de haber regresado de Antioquía á su capital, cayó enfermo, y vestido con el hábito monacal, como un verdadero príncipe de los peregrinos, murió en 31 de agosto de 1131.

EL REY FULCO Y EL EMPERADOR JUAN

Balduino II no dejó ningún varón, pero tuvo varias hijas, por las cuales procuró velar del mejor modo posible y por medio de las cuales intentó, aunque en vano, establecer en-

(1) El manto de los Sanjuanistas era negro: en el siglo XIII tomaron para tiempo de guerra una túnica roja.

(2) Imadeddin Zenki llevaba como señor de Mosul el título de Atabek, esto es, gobernador ó regente del reino. Después se le designa á él y á sus sucesores como dinastía de los Atabeks.

tre los Estados cruzados que vivían aislados, relaciones cada vez mas cordiales. Casó, como hemos visto, á su segunda hija Elisa con el príncipe Boemundo II, dió la mano de la tercera, llamada Hodierna, al jóven Raimundo, hijo del conde Poncio de Trípoli, y para la mayor, Melisenda, eligió por esposo, de acuerdo con los magnates del reino, al conde Fulco V de Anjou, dejando á los dos la corona de Jerusalen.

Fulco tenía unos cuarenta años de edad, cuando sucedió á su suegro en el reino. En Francia, su patria, se había educado en el arte de la guerra llegando á ser un hombre valeroso y prudente. Era también conocido ventajosamente de los hierosolimitanos hacia mucho tiempo, porque ya en el año 1120 hizo una peregrinacion, y desde entonces mostró su interés en pro de la Tierra Santa haciendo varios donativos, especialmente á los templarios. En el año 1128 marchó á Siria para establecerse allí, y pudo prepararse para su difícil cargo de rey al lado de Balduino por espacio de tres años. Según la tradicion, no sacó ningun provecho de esta preparacion, y como soberano se mostró muy débil y además muy sumiso á la voluntad de su esposa; pero esto está tan poco conforme con los hechos atestiguados por la historia, como la creencia de que Fulco, robusto y que estaba en la flor de la edad, fuese un viejo caduco y de edad muy avanzada.

Desde luego los problemas que aguardaban solucion del nuevo rey, se resolvieron felizmente por gran favor de la suerte. El temible Imadeddin Zenki no amenazó por de pronto á los cruzados tan seriamente como se temia, porque la discordia intestina de los seldyucidas ocupó su atencion por algunos años. En cambio surgió entre los mismos magnates cristianos la mas terrible contienda. En el reino de Jerusalen estalló una sublevacion contra Fulco, al frente de la cual se puso el orgulloso conde Hugo de Joppe. En vano intentó el rey reducir pacíficamente á este adversario á la obediencia por medio de un proceso; se vió al fin obligado á sitiarse á Joppe, y vencer la resistencia del conde por la fuerza de las armas. En Antioquia manifestó de nuevo la princesa viuda Elisa sus pretensiones al gobierno, declarándose en favor suyo por un lado el conde Poncio de Trípoli, y por otro Joscelin, el jóven, de Edesa, guerrero indomable que sucedió en este condado á su padre, el cual había muerto al mismo tiempo que el rey Balduino. Fulco se trasladó sin tardanza á Antioquia, frustró por este medio las esperanzas de la ambiciosa princesa, y sobre todo en una sangrienta batalla redujo á la obediencia al conde Poncio, que ya había tomado las armas contra él. No mucho tiempo despues, la Siria del Norte fué invadida en varios puntos por ejércitos seldyucidas y turcomanos. El rey voló en seguida otra vez á campaña; libertó al conde Poncio que estaba estrechamente sitiado por el enemigo, rechazó victoriosamente á otro ejército que había penetrado en territorio antioqueno y conquistó un castillo en el territorio de Alepo. En Antioquia se recibió con júbilo la noticia de los triunfos alcanzados por el rey y de su valor. Suplicáronle diese esposo á la jóven Constanza para así consolidar la política antioquena. La eleccion recayó en Raimundo, conde de Poitou, el hijo mas jóven de Guillermo de Aquitania, cruzado del año 1101, jóven príncipe galante y resuelto, pero á la vez petulante y frívolo como su padre. El sanjuanista Gerardo Ibarrus se trasladó á Inglaterra, en donde á la sazón residía Raimundo, con el fin de participarle la resolucion del rey y de los antioquenos.

Sin embargo de esto, no quedaron aun definitivamente arreglados los asuntos de Antioquia. La princesa Elisa volvió otra vez á Antioquia, y comenzó á urdir nuevas y perniciosas intrigas. Por otra parte trascurrieron dos años antes de que el conde Raimundo se pusiera en camino para Siria, y des-

pues que por fin abandonó la patria, se dudó que pudiese lograr su objeto, porque el duque Roger de Apulia, como pariente inmediato de Boemundo II (1), manifestó también sus pretensiones sobre la soberanía de Antioquia, y por esta causa mandó que fuera espiado el conde en todas las ciudades marítimas de su territorio, para ser sorprendido en su viaje de la Apulia á Siria. Pero Raimundo evitó estas asechanzas, atravesando la Apulia, separado de sus vasallos, acompañado de gente de condicion humilde y pobrememente vestido. A su llegada á Antioquia se encontró con que lo mismo la princesa madre Elisa, que su hija Constanza, esperaban casarse con él; y como nada hizo por desengañar á la madre, hasta que estuvo con la hija delante del altar, se atrajo el odio de la primera, aunque logró al mismo tiempo la soberanía ilimitada de Antioquia. Esto sucedía á principios del año 1136.

Precisamente por entonces se dirigió Imadeddin Zenki con todas sus fuerzas hácia el Oeste. Primeramente su lugarteniente de Alepo, Sawar, hizo una audaz expedicion por el territorio antioqueno, saqueó á la rica Laodicea y se llevó consigo 7,000 prisioneros. A principios del año 1137 apareció en escena el gran emir delante del castillo tripolitano de Barin. El conde Raimundo II de Trípoli, que había sucedido en el mando á su padre Poncio poco tiempo antes, mandó mensajeros á Jerusalen pidiendo auxilios. El rey Fulco reunió en seguida las tropas del reino, se dirigió al Norte y unió sus esfuerzos á los del conde Raimundo. Pero al avanzar para hacer levantar el sitio de Barin, fué atacado y completamente derrotado por Zenki en el momento fatal en que su ejército continuaba su penosa marcha por caminos montañosos. Muchos cristianos perecieron en la lucha, otros fueron hechos prisioneros, y muy pocos se salvaron. El rey, en union de un pequeño grupo de caballeros, consiguió llegar á Barin, y ocultarse á sus perseguidores por algun tiempo dentro de los muros del castillo. Poco despues se presentó otra vez Zenki delante de Barin, y comenzó de nuevo el sitio con grande energía.

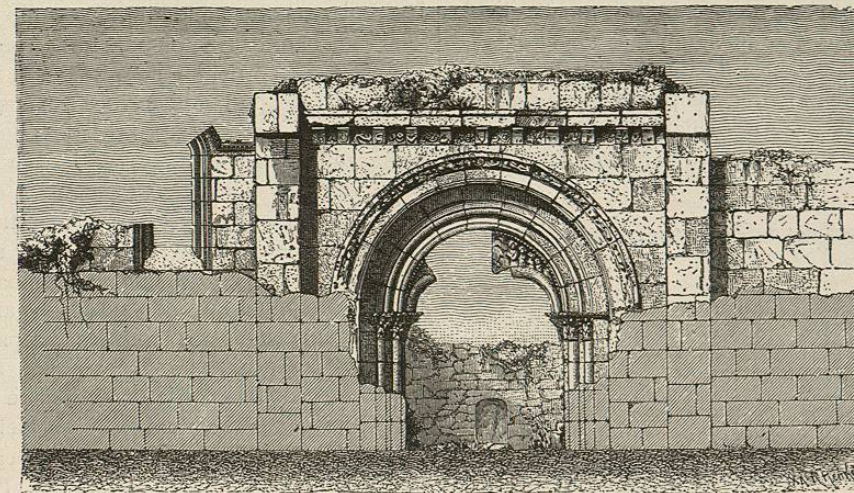
Al tenerse noticia del desastre de Fulco, se hicieron grandes aprestos en Jerusalen y Edesa: también el príncipe Raimundo de Antioquia se preparó en seguida con laudable decision á llevar auxilios al rey, aunque á la sazón estaba él mismo seriamente amenazado por un poderoso enemigo, como veremos mas adelante. Este esfuerzo de los cristianos produjo tales resultados, que Zenki ofreció á los de Barin una capitulacion muy honrosa, concediendo libre salida al rey y á la guarnicion, entregando un gran número de prisioneros cristianos, y consintiendo además, que se demoliesen los muros del castillo antes de su entrega. Fulco que no tenía noticia alguna del levantamiento general de sus correligionarios que se proponian libertarle, no contando ya casi con recursos, aceptó con gusto estas condiciones.

La derrota de los hierosolimitanos delante de Barin y la pérdida que á ella siguió de este fuerte castillo fueron dos desastres muy sensibles; pero reportaron un bien, á saber: que con tal motivo se restableció por fin otra vez y de un modo poderoso la primitiva concordia de los cruzados tan fecunda en actos de abnegacion. Los pequeños Estados sirios, tanto cristianos como mahometanos, no podian competir aislados con el poder de Zenki. Únicamente en el caso de que se uniesen fuertemente, podian abrigar la esperanza de oponerle firme resistencia. Jerusalen y Antioquia estaban entonces unidas frente al emir de Mosul: poco tiempo despues entró también en esta alianza la ciudad de Damasco.

(1) El duque Roger era sobrino de Roberto Guiscardo, cuyo tío fué Boemundo II.

Hacia ya años que Zenki intentaba someter á su mando por medio de la astucia y de la fuerza aquel inmenso emirato sirio, que aun había quedado libre de sus garras. Pero en Damasco había subido al poder un hombre resuelto y prudente, Muin Eddin Anar, el cual entre los diferentes emires que se sucedieron ejerció el mando como Visir omnipotente, y también pidió con instancias el apoyo de los cristianos para de-

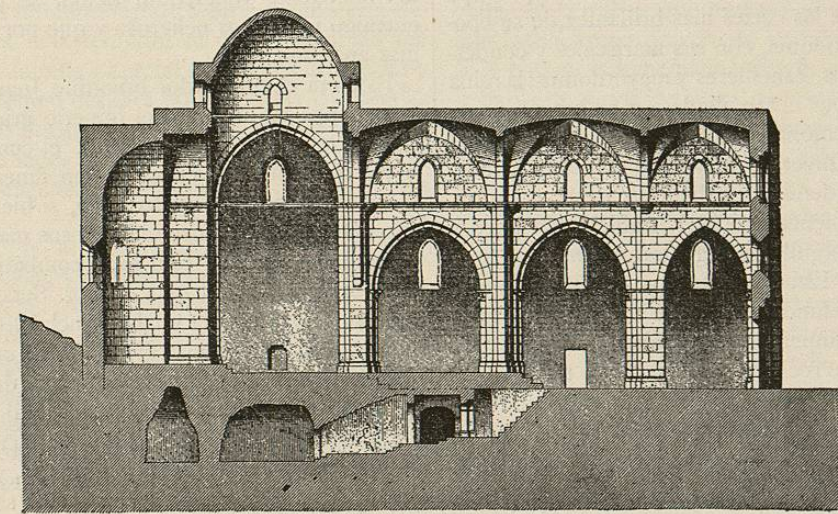
fenderse contra Zenki. Cuando el emir de Mosul le amenazó con un nuevo ataque el año 1139, el Visir mandó en seguida aviso al rey Fulco participándole, que si los cruzados ayudaban á los damascenos, él en cambio tomaría parte en el sitio de aquella ciudad de Banias, que conquistada por el rey Balduino II el año 1129, estaba á la sazón en poder de Zenki (1). Fulco comunicó el mensaje de Anar á sus barones,



Restos de la abadía de Sta. María la Grande, en Jerusalen, construida por los años 1130 á 1140

y causó en ellos gran alegría. La alianza entre cristianos y damascenos fué concluida sin tardanza y produjo abundantes frutos. El emir de Mosul no se atrevió á entrar en lucha

formal, y no tardó en retroceder en direccion al Norte. Despues se reunieron delante de Banias, Anar y Fulco, Raimundo de Antioquia y Raimundo de Trípoli. Los defensores de



Corte longitudinal de la iglesia de Sta. Ana de Jerusalen; primera mitad del siglo XII

la fortaleza perdieron pronto toda esperanza, abrieron las puertas á los cruzados, y damascenos y cristianos se separaron finalmente unos de otros de la manera mas amistosa.

Fué un cambio extraordinario en la marcha de los acontecimientos que cruzados y seldyucidas luchasen fielmente unidos en un solo idéntico partido en la Tierra Santa. Sin embargo, en aquellas circunstancias difícilmente podía desearse otra cosa mejor; pues la union de todas aquellas pequeñas potencias aseguraba, á lo menos por entonces, su existencia. Y en efecto, mientras que los tres hombres que á

la sazón dominaban en Jerusalen, Antioquia y Damasco, Fulco, Raimundo y Anar, vivieron unidos, no hizo Zenki ulteriores conquistas en la Siria. Solo despues logró aumentar mas sus dominios, cuando por la temprana muerte del rey Fulco quedó un vacío en este triunvirato.

La cuarta década del siglo XII fué por consiguiente una época muy feliz para los Estados cruzados, cuyo desarrollo

(1) Banias se había vuelto á perder durante las intrigas que provocaron Elisa de Antioquia, Hugo de Joppe, etc...